

misma delicadeza que en sus afectos. Era destino suyo conocer y disfrutar todos los deleites, y por mucho tiempo si tan prendada estuvo de la virtud fué como de la mas suave de todas las delicias. Hoy que disfruta en paz esta delicia suprema no se niega ninguna de cuantas con ella pueden conciliarse, pero se semeja su modo de disfrutarlas à la austeridad de las que de ellas se privan, y para ella el arte de gozar es el de las privaciones; no de aquellas penas y dolorosas privaciones que à la naturaleza repugnan, y cuyo desatinado holocausto desecha su Autor, sino de las efímeras y moderadas que mantienen el imperio de la razon, y sirven de salsa al deleite para apartar de él el abuso y el hastio. Afirma que todo cuanto obra en los sentidos y no es necesario para la vida muda de naturaleza asi que en costumbre se convierte; que deja de ser gusto y se torna necesidad, que es al par una cadena que uno se enlaza, y una satisfaccion de que se priva, y que adelantarse siempre à los deseos no es el arte de contentarlos, sino de apagarlos. Todo cuanto gasta ella para dar realce à las cosas mas leves es para disfrutar de ellas una vez y privarse veinte. Asi conserva esta alma sencilla su elasticidad primitiva; su gusto no se embota, ni necesita avivarle nunca con escesos; y muchas veces la veo paladear con delicias diversiones de niños que à otra parecerian insulsas.

Otro fin mas noble se propone en esto, que es ser siempre arbitra de si propia, acostumbrar al freno sus pasiones, y sujetar à regla sus deseos. Este es otro medio de ser feliz, porque solo aquello se goza sin susto que sin sentimiento puede perderse, y si es la verdadera dicha el candal del sabio, es porque entre todos los hombres es aquel à quien menos puede quitarle la fortuna.

Lo que mas raro en su templanza me parece es que la sigue por los motivos mismos porque se abandonan à sus escesos los sensuales. La vida es corta, dice; por esa razon debemos gozarla hasta el fin, y dispensar con arte su duracion de manera que de ella saquemos

el mejor partido que posible sea. Si un dia de ahíera nos priva de un año de gozo, mala filosofia es llegar siempre hasta donde quiere llevarnos el deseo, sin considerar si se acabarán antes nuestras facultades que nuestra carrera, y si exhausto nuestro corazon no morirá antes que nosotros. Veo que esos epicureos vulgares por no perder jamas una ocasion las pierden todas, y siempre fastidiados en un golfo de deleites, nunca pueden encontrar con ninguno. Son prodigios del tiempo de que se creen economicos, y hacen como aquellos avaros que pierden toda su hacienda por no saber sacrificar una parte de ella. A mi me va bien con la maxima opuesta, y creo que en este punto preferiria un esceso de austeridad al de relajacion. Algunas veces me sucede dejar una funcion divertida solo porque me divierte demasiado; volviendo à ella estoy cierta de doblar el gusto. Ademas conservo el imperio de mi voluntad en mi propia, y mas quiero que me tachen de antojadiza, que dejarme dominar de mis antojos.

En este principio se fundan aqui los gustos de la vida, y las cosas de mera diversion. Julia es inclinada à la golosina, y en el esmero que en todas las faenas caseras pone no se descuida con la cocina especialmente. En la mesa se echa de ver la abundancia general, pero no una abundancia que empobrezca; reina en ella la sensualidad sin melindres; son comunes los manjares, pero en su genero excelentes; sencillo su aderezo, y sin embargo esquisito: todo cuanto no es mas que aparato, todo lo que en la opinion se funda, todos los platos finos y costosos que deben su valor à ser raros, y que es menester nombrar para saber que son buenos; nunca se presentan aqui; y hasta en la delicadeza y la eleccion de los que se sirven se abstienen diariamente los comensales de ciertas cosas reservadas para sacarlas en las comidas festivas, que las hacen mas gustosas, sin que mas dispendiosas sean. ¿Que cree V. que son estos manjares economizados con tanta sobriedad? ¿Carra rara? ¿pescado de mar? producciones ul-

tramarinas? Cosas mejores que todo eso: una excelente legumbre de la tierra; una de las sabrosas hortalizas que en nuestros huertos se cogen; ciertos pescados del lago de cierta manera aderezados, ciertos laticinios de nuestras montañas, algun pastel à la alemana, relleno con alguna pieza que ha cazado alguno de la familia; estos son todos los platos que de extraordinario se sirven, esto lo que la mesa cubre y adorna, lo que incita y satisface en los dias de regocijo nuestro apetito. El banquete es rustico y modesto, pero limpio y alegre; se sientan à la mesa el contento y la gracia, y le sazonan el buen apetito y la alegria. Falta piezas doradas de ramilletes en derredor de las cuales están muertos de hambre los convidados; no se ponen pomposos cristales atestados de flores para que sirvan de postres y ocupen el sitio de los manjares; no se sabe el arte de llenar el vientre por los ojos; pero sí el de hacer deliciosa una sabrosa comida, el de comer mucho sin que haga daño, el de divertirse bebiendo sin perder la razon, el de estar mucho tiempo en la mesa sin fastidiarse, y levantarse de ella sin hastio.

En el primer piso hay un comedorcito distinto de aquel donde se come todos los dias que está en los aposentos bajos: este comedor particular está situado en el angulo de la casa, y tiene vista por ambas partes; la una da al jardin, mas allá del cual se columbra el lago por entre los arboles; por la otra se descubre la dilatada colina de viñedos que ya empiezan à hacer alarde à la vista de los tesoros que se cogerrán dentro de dos meses. Esta sala es chica, pero adornada con todo cuanto puede hacerla agradable y risueña. Aqui da Julia sus banquetes à su padre, à su marido, à su prima, à mi, à ella propia, y algunas veces à sus hijos. Cuando da orden de que pongan aqui el cubierto, ya se sabe lo que quiere esto decir; y el señor de Wolmar le llama por burla el salon de Apolo; pero no menos se diferencia este del de Luculo por la eleccion de los convidados que por la de los manjares. No son admitidos los que son meros

huespedes; nunca se come en él cuando hay forasteros; es el inviolable asilo de la confianza, la amistad, la libertad; la sociedad de los corazones estrecha en este sitio la de la mesa; es una especie de iniciacion à la intimidad, y no se reunen aqui otras personas que aquellas que quisieran no separarse nunca. Milord, aguardando está la fiesta à V. y en esta sala hará su primera comida.

A mi no se me hizo tanto honor, y hasta que volví de casa de la señora de Orbe no fui convidado al salon de Apolo. No me imaginaba que pudiera hacerme mas agasajo que el que conmigo habian usado; pero me sacó esta cena de mi idea; hallé en ella no sé que mezcla deliciosa de intimidad, de contento, de union, de desahogo, que nunca habia disfrutado. Me sentia mas libre, sin que me hubieran advertido que lo era, y me parecia que nos entendiamos mas bien que antes. La ausencia de los criados me escitaba à no tener cosa reservada en lo intimo de mi corazon; aqui à instancia de Julia he vuelto à la costumbre, que tantos años hacia que habia dejado, de beber vino puro con mis huespedes al fin de la comida.

Hechizóme esta cena y habria deseado que todas nuestras comidas se hubiesen parecido à ella. No conocia esta sala que tanto me embelesa, dije à la señora de Wolmar; ¿porque no come V. siempre en ella? Mire V., es tan bonita que fuera lastima echarla à perder. Esta respuesta me pareció desdecir tanto de su caracter que sospeché que encerraba algun misterio oculto. ¿Porque à lo menos, le repliqué, no reune V. siempre en torno de V. las mismas comodidades que aqui se encuentran para poder descartar à los criados, y conversar con mas libertad? Porque eso, me respondió segunda vez, fuera sobrado agradable, y el fastidio de hallarse siempre à gusto viene à ser el peor de todos. No necesitó mas para entender su sistema, y juzgué que efectivamente consiste el arte de razonar sus deleites en ser parco de ellos.

Advierto que se prende con mas esmero que en otro tiempo hacia. La in-

ca vanidad que le echaban en cara era descuidar su tocado. Sus motivos tenia la vanidosa, que así no me dejaba pretexto de desconocer su imperio. Pero era en balde que era sobrado fuerte el encantamiento para que me pareciese natural; yo me empeñaba en atribuir al arte su negligencia, y aunque se hubiera vestido de jerga la hubiera acusado de prurito de agrandar. La misma fuerza tuviera hoy, pero se desdeña de hacer uso de ella; y diría yo que afecta mas arreo para no parecer otra cosa que una muger bonita, si no hubiera descubierto el motivo de este casero esmero. Los primeros dias me engañé, y no pensando en que estaba vestida del mismo modo el día que llegué, y que no me agradaba, me atrevi á atribuirme el honor de que se engalanara, pero me desengañé durante la ausencia del señor de Wolmar. Al otro día ya no se descubria aquella elegancia de la vespera que no podía causar la vista ni aquella afectuosa y voluptuosa sencillez que en otro tiempo embriagaba mis sentidos; le habia sustituido cierta modestia que por los ojos habla con el corazon, que solo respeto inspira, y que la hieldad hace todavia mas respetable. En todos sus embelesos reinaba su dignidad de esposa y madre; su tímido y tierno mirar se habia tornado mas grave, y se hubiera creído que un ademan mas noble y mas elevado encubria la suavidad de sus facciones, no porque hubiera la menor alteracion en su expresion ni en sus modales; nunca su serenidad ni su candor usaron melindres, se servia solo del talento, que en las mugeres es natural, de mudar cuando quieren nuestras ideas y afectos con un adorno distinto, con un peinado de otra forma, con un vestido de otro color, y de ejercer en los

(1) Me parece que esto es incontestable. La simetria de un vasto palacio es magnificencia, y no lo es una muchedumbre de casas confusamente hacinadas. Es magnifico el uniforme de un regimiento formado en batalla, y no lo es el vestido del pueblo que le está mirando, aunque no haya acaso uno solo de los espectadores, cuyo vestido en particular no valga mas que el de un soldado. En una palabra la verdadera magnificencia no es otra cosa que el orden hecho sensible en lo grande; por eso el mas magnifico de todos los espectáculos imaginables es el de la naturaleza.

corazones el imperio del gusto, haciendo algo de la nada. El día que esperaba á su marido de vuelta del viaje, volví á hallar el arte de animar sus gracias naturales, sin encubrirlas; deslumbraba la vista, cuando salió de su tocador, y hallé que no menos sabia sobresalir en el mas brillante arreo que ornar el mas sencillo; y dije entre mi despechado, conociendo el objeto de su esmero: ¿hizo alguna vez otro tanto por el amor?

Esta afición á vestirse bien se estienda desde el ama de la casa á todo cuanto en ella hay. El amo, los hijos, los criados, los caballos, los edificios, los jardines, los muebles; todo se mantiene con un esmero que denota que pudieran ostentar magnificencia, pero que la desdeñan, ó por mejor decir hay efectivamente magnificencia, si es cierto que no consiste tanto esta en la riqueza de ciertas cosas como en una hermosa colocacion del todo, que indica la concordancia de las partes, y la unidad de intencion del que las ha coordinado (1). Yo por mi á lo menos discurro que es mas alta y noble idea ver en una sencilla y modesta casa un corto número de personas felices con una dicha general en todos ellos; que en un palacio reinan disturbios y discordias, y cifrar cada uno de sus moradores su fortuna y su felicidad en la ruina de otros y en el universal desorden. La casa chica es una, y forma un todo agradable á la vista; en el palacio solo se halla un confuso conector de varios objetos que solo tienen conexion aparente. A primera vista creía uno distinguir un fin común; mirando de mas cerca queda en breve desengañado.

Si solo la natural impresion consultáramos, veríamos que para desdeñar el boato y el lujo menos moderacion que

gusto se necesita. A los ojos de todos agradan la regularidad y la simetria, y la imagen de la felicidad y el bienestar mueve el corazon humano que por ellas ansia; pero una vana pompa, que no tiene otro objeto que dar en los ojos, que idea propicia al que hace alarde de ella puede excitar en el espiritu del espectador? La de su buen gusto? No se manifiesta mejor el gusto en las cosas sencillas que en las que estan ofuscadas de riquezas? La de sus comodidades? Donde hay cosa mas incomoda que el fausto (1)? La de su grandeza? Justamente sucede lo contrario. Cuando veo que han querido hacer un gran palacio me pregunto á mi mismo ¿porque no es mayor este palacio? porque el que tiene cincuenta criados no tiene ciento? esta vajilla tan hermosa de plata porque no es de oro? este hombre que dora su coche porque no dora sus artesanosos? si estan estos dorados, porque no lo está el techo? El que quiso levantar una torre muy alta hacia bien en querer que llegara al cielo, porque sino, por mas que la levantara, el punto en que se hubiera parado solo hubiera servido para hacer ver desde mas lejos la prueba de su impotencia. ¡Oh hombre vano y mezquino! muéstrame tu poder, y yo te mostraré tu miseria.

Por el contrario un orden de cosas en que nada se ha atribuido á la opinion, en que todo tiene utilidades reales, ceñido á las verdaderas necesidades de la naturaleza, no solo presenta un espectáculo que aprueba la razon, mas que satisface tambien los ojos y el corazon, porque solamente bajo respetos agrada-

bles se muestra en él el hombre, como que á sí propio se basta, porque no aparece en él la imagen de su flaqueza, y porque nunca escita reflexiones tristes esta rústica pintura. Yo apuesto á que no contempla ningun hombre de juicio por espacio de una hora el palacio de un principe y el fausto que en él brilla sin caer en la melancolia y lamentar la suerte de la humanidad, mientras que el aspecto de esta casa, y de la sencilla y uniforme vida de sus moradores infunde en el animo de los espectadores un secreto embeleso que crece sin cesar. Un corto número de hombres pacíficos y mansos unidos con mutuas necesidades y una reciproca benevolencia concurren por caminos diversos á un fin común; como cada uno halla en su estado todo cuanto necesita para estar satisfecho y no desear salir de él, le coge afecto como á su suerte de toda la vida, y la unica ambicion que conserva es la de desempeñar bien sus obligaciones. Tanta es la moderacion de los que mandan y el celo de los que obedecen, que personas iguales hubieran podido muy bien repartirse los mismos cargos, sin que ninguno se hubiera quejado del que le ha cabido; así ninguno envidia el de otro, ni cree que puede aumentar su caudal de otro modo que aumentando el bien general, y los mismos amos evalúan su felicidad por la de la familia que los rodea. Aquí no se encuentra nada que quitar ni que añadir, porque solo se hallan las cosas utiles, y estas se hallan todas de suerte que nada se desea de lo que no se ve, y de nada de cuanto se ve puede decirse ¿porque no hay mas?

(1) El estruendo de la familia de una casa turba sin cesar el sosiego del amo, que no puede ocultar nada de tantos Argos: la muchedumbre de sus acreedores le hace pagar cara la de los que de él se admiran; tan soberbios son sus aposentos, que se ve precisado á dormir en un chiribitil para estar á su gusto, y á veces está la mona mejor alojada que él. Si quiere comer depende de su cocinero y no de sus ganas, si salir, está á la disposicion de su cochero; mil obstáculos le detienen en la calle; está anhelando por llegar, y no sabe que tiene pies. Cloe le aguarda, le estorban los lodos, le pesa el oro que lleva en su vestido, y no puede dar veinte pasos á pie; pero si no está á punto á la cita de su dama, los que pasan le resarcan de esta desgracia, todos miran su librea, y dicen pasmados en alta voz que es el señor don Fulano.

Añada V. libreas, cuadros, arañas, dorados y al momento lo empobreció todo. Cuando se ve con tanta abundancia lo necesario y ningún vestigio de superfluidad, se inclina uno á creer que si no las hay es porque no han querido que las hubiera, y que si se quisieran abundarian con la misma profusion; cuando se ven refluir continuamente los bienes á fuera con la asistencia del pobre le ocurre á uno decir: esta casa no puede contener todas sus riquezas. Esta me parece la verdadera magnificencia.

Este viso de opulencia me asustó á mi propio cuando supe las rentas que para mantenerle servian. Van Vds. á quedarse pereciendo, les dije al señor y á la señora de Wolmar: no es posible con tan cortas rentas sufragar á tanto gasto. Se echaron á reir, y me hicieron ver que sin disminuir nada del gasto de su casa estaba en su mano ahorrar mucho, y aumentar su renta en vez de empobrecerse. Nuestro arcano para ser ricos, me dijeron, consiste en tener poco dinero, y en evitar cuanto podemos en el uso de nuestros bienes las permutas intermedias entre la produccion y la consumacion. No se hace permuta ninguna de estas sin pérdida, y la multiplicacion de estas pérdidas reduce á casi nada facultades bastante considerables, como una hermosa caja de oro que á poder de muchos cambalaches viene á parar en no ser mas que una baratija. El acarreo de nuestras rentas se evita gastandolas en el sitio en que se recaudan, y se hace su permuta consumriendolas en generos; y en la conversion indispensable de lo que tenemos de sobra con lo que nos falta, en vez de ventas y compras en dinero, que doblan el perjuicio, hacemos permutas de las cosas mismas, en que la comodidad de cada contrayente suple al beneficio de entrambos.

Comprendo, le dije, las utilidades de ese método, pero no me parece exento de inconvenientes. Ademas de los imperitinentes cuidados á que sujeta, debe ser mas aparente que real el beneficio, y lo que pierde V. en el pormenor de la

gestion de sus bienes escede verosimilmente á lo que ganarian sus colonos, porque siempre un labrador hace las labores con mas economia y con mas esmero la cosecha. Ese es un error me respondió Wolmar; menos se cura el labrador de aumentar el producto que de ahorrar gastos, porque son para él mas gravosas las anticipaciones que provechosos los beneficios; como su fin no tanto es dar valor á la tierra cuanto hacer poco gasto en ella, si saca una ganancia actual menos la grangea mejorando la tierra que desustanciandola, y lo mejor que puede suceder es que en vez de desustanciarla la deje descendida; así por un poco de dinero constante que toma sin trabajo se preparan un propietario ocioso grandes pérdidas para si y para sus hijos grandes afanes, y á veces la ruina de su patrimonio.

Ademas, prosiguió el señor de Wolmar, de que yo no niego que no me cueste mas el cultivo de mis tierras que lo que costaria á un colono, pero tambien soy yo quien gano el beneficio de este, y como es muy mejor mi cultivo, tambien es mucho mas cuatioso el producto; de suerte que gastando mas saco mucho mas. Añadese que este exceso de gasto solo es aparente, y realmente produce una grandisima economia, porque si cultivasen otros nuestras tierras estaríamos nosotros ociosos, seria menester vivir en la ciudad, seria mas cara la vida, necesitaríamos diversiones que nos costarian mucho mas que las que aqui encontramos, y nos interesarían menos. Estos desvelos, que llama V. impertinentes, son al par nuestras obligaciones y nuestros gustos, gracias á la advertencia con que se han arreglado nunca son penosos; sustituyen con nosotros una muchedumbre de dispendiosos autojos, que quita ó precave la vida del campo, y se convierte en diversion nuestra todo cuanto á nuestro buen pasar contribuye.

Mire V. en torno de sí, añadió este juicioso padre de familias, solo verá cosas utiles, que casi nada nos cuestan, y nos ahorran mil vanos gastos. Las producciones de nuestras tierras cubren á las nuestra mesa; los tejidos del pais son

casi los unicos que para nuestros muebles y vestidos gastamos; nada se desecha por ser común, y nada se aprecia por ser raro. Como todo cuanto viene de lejos está espuesto á ser adulterado ó falsificado, nosotros, tanto por delicadeza como por moderacion, á escoger lo mejor y de calidad mas sobresaliente que cerca de nosotros se halla. Nuestros manjares son sencillos pero selectos. Para ser suntuosa no falta otra cosa á nuestra mesa que servir lejos de aqui los platos que á ella salen, y hay golosos á quienes gustarian mucho mas las truchas del lago si se las presentaran en Paris.

Las mismas reglas se siguen para el adorno personal, en el cual, como V. ve, no dejamos de tener esmero; pero la elegancia solo preside á él, nunca se manifiesta la riqueza, y todavia menos la moda. Hay mucha diferencia del precio que pone la opinion á las cosas al que realmente tienen. A este último solo atiende Julia, y cuando de una tela se trata no indaga si es moderna ó antigua, sino si es buena y le cae bien, y hasta muchas veces es para ella la novedad motivo de exclusion, cuando da esta novedad á las cosas un valor que no tienen ó no pueden conservar.

Considere V. que aqui el efecto de cada cosa no tanto resulta de ellas en si como de su uso y consonancia con las demas, de suerte que con partes de poco valor ha compuesto Julia un todo de mucho precio. El buen gusto se complacete en crear y en dar el solo valor á las cosas, y cuanto es dispendiosa y versatile la ley de la moda es la suya economica y duradera. Lo que aprueba una vez el buen gusto siempre es bueno; si es rara vez de moda, en cambio nunca es ridiculo, y con su modesta sencillez saca de lo apropiado de cada cosa inalterables y ciertas reglas que subsisten cuando se han pasado las modas.

Finalmente, añada V. que nunca la abundancia de lo necesario solo, puede degenerar en abuso, porque tiene lo necesario su medida natural, y en las verdaderas necesidades no cabe exceso. Posible es que un solo vestido valga tanto como veinte, y que se gaste en una cena

las rentas de un año, pero no se pueden llevar dos vestidos encima, ni cenar dos veces en una noche. Así la opinion no tiene limites, mientras que por todas partes nos ciñe la naturaleza, y el que en un estado de mediania se contenta con el bienestar no se arriesga á quedarse pobre.

Vea V., querido mio, continuó el sabio Wolmar, como con esmero y economia puede uno conseguir que nunca sus gastos disminuyan su caudal. En nuestra mano estaria aumentar el nuestro sin mudar de modo de vivir, porque aqui casi ninguna anticipacion se hace que no lleve por objeto una grangeria, y todo cuanto gastamos nos rinde para gastar todavia mas.

Pues, Milord, nada de todo esto se advierte á primera vista. Por todas partes un viso de profusion encubre el orden de que aquella procede, y se necesita tiempo para echar de ver las leyes suntuarias que producen átomos y gustos, no pudiendose al principio entender como se disfruta de lo que se ahorra. Con la reflexion se aumenta la satisfaccion porque se ve que es inagotable el manantial, y que el arte de gozar la felicidad humana tambien sirve para alargarla. ¿Como es posible fatigarse de estado tan conforme con la naturaleza? como se ha de agotar un caudal que todos los dias se mejora? como ha de disminuir el principal quien solo consume los ciertos? cuando está uno cada año cierto del que sigue, quien puede perturbar la paz del corriente? Aqui el fruto de las pasadas faenas, la presente abundancia, y el fruto de las faenas presentes anuncia la abundancia venidera; se disfruta de consumo de lo que se gasta y lo que se coge, y se reunen los diversos tiempos para ahanzar la seguridad del presente.

Me he informado de todas las menudencias caseras, y en todas partes he visto que reinaba el mismo espíritu Todo el bordado y el encaje salen del Ginecco; toda la tela la hilan en el corral, ó mugeres pobres que comen en casa. La lana se envia á las manufacturas que en cambio surten los paños para vestir

la familia; el vino, el aceite y el pan se hacen en casa; hay montes donde se hacen cortes regulares de leña para el consumo; el carnicero se paga con reses; el longista recibe en trigo lo que se le compra; la soldada de los gañanes y criados se saca de los renditos de las tierras que labran; lo que rentan las casas de la ciudad basta para alhajar las que se habitan; los renditos de lo que hay puesto a interes en los fondos publicos sirven para los gastos de los amos, y la poca vajilla que se usa; la venta de los vinos y trigos que quedan forma una cantidad que se reserva para gastos extraordinarios, cantidad que nunca permite la prudencia de Julia que se agote ni su caridad deja que se aumente. Para las cosas de mera diversion solo destina el producto de la labor de los criados de su casa, el de las tierras que han desmontado, el de los arboles que han plantado, etc. Asi habiendo siempre compensacion por la naturaleza de las cosas entre la produccion y la consumacion, no puede romperse el equilibrio, y es imposible gastar con demasia.

Mas hay, las privaciones que con esta voluptuosa templanza de que he hablado se impone Julia son al par que nuevos medios de deleite recursos nuevos de economia. Por ejemplo le gusta mucho el cafe, en casa de su madre lo tomaba todos los dias, ha dejado esta costumbre para aumentar el gusto que en él halla, y se ha ceñido à no tomarlo mas que cuando hay huéspedes, y en el salon de Apolo, para añadir este requisito de fiesta à los demas. Esta es una ligera sensualidad que la agrada mas, le cuesta menos, y con la cual aguzada y arreglada à la par su gula. Por el contrario, pone en adivinar y contentar los gustos de su padre y su marido un esmero continuo, una prodigalidad natural y llena de gracia, que hace que disfruten mejor de lo que les ofrece por el gusto que en ofrecerselo tiene. Ambos gustan de prolongar algo al fin de la comida à la Suiza, y nunca deja de mandar traer al fin de la cena una botella de vino mas

delicado y mas añejo que el ordinario. Al principio me engañaron los nombres que à estos vinos daba, que de hecho me han parecido excelentes, y bebiendolos como si fueran de los países de que los intitulaban di bayà à Julia por una tan manifiesta violacion de sus maximas; pero ella me acordó riendose de un pasaje de Plutarco, donde compara Flaminio las tropas asiaticas de Antóco con mil denominaciones barbaras à los diversos guisos con que le habia disfrutado un amigo suyo una misma carne. Lo mismo sucede, dijo, con estos vinos extranjeros que me echa V. en cara. El Rancio, el Jerezano, el de Malaga, el de Siracusa, que con tanto gusto bebe V., son de verdad vinos de Layan aderezados de diversos modos, y desde aquí puede V. ver el pago que produce todas estas bebidas de remotas tierras. Si son de inferior calidad que los famosos vinos cuyos nombres tienen, tampoco presentan sus inconvenientes, y como estamos ciertos de su composicion podemos à lo menos beberlos sin riesgo. Tengo motivo para creer, continuo, que à mi padre y à mi marido les gustan tanto como los vinos mas raros. Los de ella, me dijo entonces el señor de Wolmar, tienen para nosotros una excelencia que à todos los demas falta, y es el gusto que en hacerlos ha tenido. Ah! replicó, siempre serán esquisitos!

Bien conoce V. que en medio de tantos afanes diversos la desocupacion y la ociosidad que hacen indispensables la compania, las visitas y las sociedades de extraños, poca cabida encuentran aquí. Los vecinos se ven lo que basta para mantener un trato ameno, pero no que toque en sujecion. Siempre son bien obsequiados los huéspedes, y nunca deseados. Justamente se ve la gente que se necesita para conservar el gusto del retiro; las ocupaciones rusticas suplen por las diversiones. El modo de entretener aquí el tiempo es tan sencillo y tan uniforme, que no puede convidar à muchos (1), pero interesa à los que le han adoptado por la disposicion de su cor-

(1) Creo que uno de nuestros ingenios agudos que viajase por este pais y

zon. ¿Como se puede fastidiar quien tiene sana el alma desempeñando las mas gratas y preciosas obligaciones de la humanidad, y labrandose mutuamente su felicidad comun? Todas las noches Julia, contenta con aquel dia, no desea mudanza al siguiente, y todas las mañanas pide al cielo un dia semejante al anterior, siempre hace las mismas cosas porque son buenas, y no sabe otras mejores que hacer. Sin duda que así goza de la felicidad que al hombre fué dada. ¿Deleitarse uno en la duracion de su estado no es señal cierta de que vive en el feliz?

Si aquí raras veces vemos ese atajo de holgazanes que llaman la buena sociedad, todo cuanto se reúne interesa al corazón por algun ventajoso aspecto, y rescata con mil virtudes algunas ridiculeces. Rusticos, pacíficos, sin trato de gentes ni cortesania, pero buenos, sencillos, honrados, y satisfechos con su suerte; oficiales antiguos retirados del servicio, comerciantes fastidiados de enriquecerse, prudentes madres de familias que traen à sus hijas à la escuela de la modestia y buenas costumbres; esle es el acompañamiento que gusta de reunir Julia en torno de ella. Su marido no siente él que vengán à veces de aquellos aventureros enmendados con la edad y la experiencia, que vueltos en su juicio à su costa, vuelven sin sentimiento à cultivar la heredad paterna que quisieran no haber abandonado. Si alguno refiere en la mesa los sucesos de su vida, no son las portentosas aventuras del opulento Sindbad contando en el seno de la mollicie oriental como habia grangeado sus tesoros; que son las relaciones sencillas de sujetos de juicio que los caprichos de la suerte y las injusticias humanas han fastidiado de los balaces bienes que en baldé habian adquirido, y les han restituído la aficion de los verdaderos.

¿Creerá V. que hasta la conversacion de los gañanes embelesa à estas almas sublimes con quienes se complaceria en instruirse el sabio? El juicioso Wolmar encuentra en la rustica ingenuidad de los aldeanos caracteres mas bien señalados, mas hombres que por sí propios piensan que bajo el uniforme disfraz de los moradores de las ciudades, donde cada uno mas se manifiesta como son los otros que como él propio es. La tierna Julia encuentra en ellos corazones que agradecen los menores halagos, y que se dan el parabien por lo que en su felicidad ella se interesa. Ni su corazón ni su espíritu están labrados por el arte; no han aprendido à modelarse por nuestros tipos, y no hay recelo de encontrar en ellos el nombre del hombre y no el de la naturaleza.

Con frecuencia encuentra en sus paseos el señor de Wolmar à algun buen anciano, cuya madurez y rectitud de juicio le hacen impresion, y à quien gusta de oír discutir. Se le trae à su muger, que le recibe con un agasajo que le embelesa, y que denota no la cortesania y los modales de su clase, sino la benevolencia y la humanidad de su carácter. Hacen que se quede el buen viejo à comer; Julia le sienta à su lado, le sirve, le halaga, le habla con interes, se informa de su familia, de sus asuntos, no se rie de su cortedad, no pone una atencion que le incomode en sus rusticos modales; sino que le da suelta con la llaneza de los suyos, y no se aparta delante de él de aquel tierno y afectuoso respeto que à la vejez achacosa, honrada por una irreprehensible y dilatada vida es debido. Hechizado el anciano, esplaya su corazón, y parece que por un instante recupera la viveza de su mocedad. El vino que à la salud de una señora joven bebe da nuevo calor à su sangre ya medio helada, y se remozca hablando de los años de su juventud, de

fuese recibido y obsequiado en esta casa, haria luego à sus amigos una relacion muy chistosa de la vida de patanes que en ella viven. Es cierto que por las cartas de milady Catesby veo que no es privativo de los franceses este estilo; y verosimilmente tambien es uso en Inglaterra ridiculizar à sus huéspedes en pago del hospedaje que han dado.

sus amores, sus campañas, las batallas en que se ha encontrado, la valentía de sus paisanos, su regreso al país, su muger, sus hijos, las faenas rusticas, los abusos que ha notado, los remedios que imagina. Muchas veces de los largos razonamientos propios de su edad se sacan excelentes preceptos morales ó lecciones de agricultura; y aun cuando en las cosas que dice no hubiere mas que el gusto que él en decir las tiene, le tendria Julia en escucharlas.

Despues de comer va la señora de Wolmar á su cuarto y trae un regalito de alguna alhajilla buena para la muger ó las hijas del buen viejo, hace que se la den los chicos, y reciprocamente les da él alguna dadiya sencilla del gusto de ellos que para esto le ha entregado á escondidas. Asi se forma desde temprano la estrecha y suave benevolencia que eslabona una con otra las diversas condiciones. Los niños se acostumbran á honrar la vejez, á estimar la sencillez, y á respetar el merito en todas las clases. Los labradores, que ven á sus ancianos padres obsequiados en una casa respetable y admitidos á la mesa de los amos, no tienen á menos el ser escluidos de ella, ni achacan esto á su clase, sino á su edad, no dicen somos muy pobres, sino somos muy mozos para que así nos traten, el honor que á sus ancianos se tributa, y que esperan que les tributen á ellos un día les consuela de la privacion, y los escita á merecerlo.

Entre tanto el buen viejo, todavia enternecido con los cariños que le han hecho, se vuelve á su choza con la priesa de enseñar á su muger y á sus hijos los regalos que les trae. Estas frioleras llenan de jubilo toda la familia que ve que han pensado en ella. Les cuenta con mucha prosopopeya lo bien que le han recibido, los platos que le han servido, los vinos que ha bebido, las razones afectuosas que se han dicho, las preguntas que acerca de ellos le han hecho, la afabilidad de los amos, las atenciones de los criados, y generalmente cuanto puede dar realce á las muestras de bondad y estimacion que le han dado; cuando lo cuenta disfruta de ello segunda

vez, y tambien toda la casa cree que disfruta de los honores que á su candillo le han tributado. Todos á una vez bendicen esta ilustre y generosa familia que da ejemplo á los grandes y refugio á los pequeños, que no se desdena del pobre, y honra las canas. Estos son los lóores que á los beneficos pechos delatan. Si hay bendiciones humanas que se digne escuchar el cielo no son las que la lisonja y la vileza en presencia de los elogiados violentamente sacan, sino las que en secreto dicta un sencillo y agrado decidido corazon al lado de una rustica chimenea.

Asi un sereno y agradable afecto puede embelesar con su aliciente una vida insulsa para los animos indolentes, y así puede el arte de dirigir con acierto las faenas, la soledad y los cuidados, convertirlos en diversiones. Una alma sana puede tornar sabrosas las mas comunes ocupaciones, como la salud del cuerpo hace que sepan bien los alimentos mas sencillos. Todas esas personas fastidiadas que con tanta dificultad se divierten, deben á sus vicios su hastio, y pierden el contento del animo con el amor de sus obligaciones. A Julia le ha sucedido justamente lo contrario; y ciertas advertencias que otro tiempo le hubiera dejado olvidar el descaecimiento de su alma, le inspiran ahora interes por el motivo que se las dicta. Fuera menester ser insensible para no tener viveza nunca, y la suya se ha desenvuelto por los propios motivos que antes la tenian comprimida. Su corazon anhela por el retiro y la soledad para abandonarse en paz á los afectos de que estaba lleno, ahora ha tomado nueva actividad con los nuevos lazos que ha formado. No es de aquellas madres de familias indolentes que se contentan con estudiar cuando es menester obrar, y malgastan en instruirse en las obligaciones ajenas el tiempo que debieran emplear en cumplir con las suyas. Hoy practica lo que aprendió en otro tiempo, y ahora ya no estudia ni lee, que obra. Como se levanta una hora despues que su marido, tambien se acuesta una hora mas tarde, y esta hora es el unico rato que aun

consagra al estudio, porque nunca le parece el día muy largo para todas las tareas á que tiene destinadas dos horas de él.

Esto es, Milord, cuanto tengo que decir á V. acerca de la economia de esta casa, y la vida privada de los amos de ella. Satisfechos con su suerte, la disfrutan en paz: satisfechos con su caudal, no trabajan en aumentarle para sus hijos, sino en dejarles con el patrimonio que á ellos les cupo, tierras en buen estado, criados que les tengan ley, el amor del trabajo, del orden y la moderacion, y todo cuanto puede hacer serena y grata para hombres de juicio la posesion de un caudal mediano conservado con tanta prudencia como la honra con que ha sido grangeado.

CARTA III.

DE SAN PREUX A MILORD EDUARDO (1).

Estos dias pasados hemos tenido huespedes; ayer se fueron, y hemos vuelto á entablar entre los tres una sociedad que embelesa tanto mas cuanto no ha quedado en lo interior de nuestros corazones cosa que esconder uno á otro quisiera. ¿Que satisfaccion tengo en recuperar un nuevo ser que digno de la confianza de V. me hace! No recibo muestra ninguna de confianza de Julia y su marido sin decir con cierta altivez de animo: al fin me atrevo á dejarme ver de él. Por el esmero de V. y en su presencia espero que mi estado actual se honre con mis pasadas culpas. Si el amor estinguido deja exhausta el alma, el amor domado con la conciencia de su victoria le infunde nueva elevacion, y mayor ardor á todo lo grande y hermoso. ¿Quien querria perder el fruto de sacrificio que tan caro ha costado? No, Milord, conozco que á ejemplo de V. se

va mi alma á aprovechar de todos los encendidos afectos que ha venido, y veo que es necesario haber sido lo que fui para llegar á lo que aspiro á ser.

Despues de seis dias perdidos en las frivolas conversaciones de sujetos diferentes hemos pasado hoy una mañana á la inglesa, reunidos y en silencio, disfrutando en uno el gusto de hallarnos juntos y las dulzuras del recogimiento. ¿Cuan pocas personas lo delicioso de este estado conocen! No he visto á nadie en Francia que tuviese de él la mas leve idea. Nunca se agota, dicen, la conversacion de los amigos. Es cierto que la lengua ofrece una facil charla á las medianas aficiones; pero la amistad, milord, la amistad! Vivo y celestial afecto! ¿qué palabras de ti son dignas? que idioma se atreve á ser interprete tuyo? Puede nunca equivaler lo que se dice á su amigo á lo que á su lado se siente? ¿Dios mio; que de cosas dicen una mano apretada, un mirar animado, un estrechar á su pecho, un suspiro que sigue! que fria despues de todo esto es la primera expresion que se pronuncia! Oh veladas de Besanzon! horas al silencio consagradas, y por la amistad recogidas! Oh, Boustou, alma elevada, sublime amigo! no, no he envilecido lo que por mí hiciste, y nunca te ha dicho nada mi lengua.

Es cierto que este estado de contemplacion es uno de los mayores embelesos para los pechos sensibles; pero siempre he visto que los extraños impertinentes no le dejaban disfrutar, y que necesitan los amigos que no haya testigos para poder á sus anchuras no decirse nada. Quieren, por decirlo así, estar uno dentro de otro recogidos; la menor distraccion es un desconuelo, y la menor sujecion inaguantable. ¿Si alguna vez lleva el corazon una palabra á la

(1) Versábanse sobre la materia de esta dos cartas escritas en distintas ocasiones; lo cual ocasionaba muchas repeticiones inútiles, y para evitar estas, ambas las he reunido en una sola. En cuanto á lo demás, sin querer justificar que sean tan escusivamente largas muchas de las cartas que esta coleccion componen, notaré que las de los solitarios son largas y raras, las de los que viven en el tráfago del mundo frecuentes y cortas. Basta con observar esta diferencia para ver al punto la causa de ella.